UN FILOSOFO (1)

Está ya próximo á esconderse detrás de las colinas del Poniente el sol de una tarde de Mayo, serena y calurosa.

Jose Manuel, el peón caminero que cuida del trozo de carretera comprendido entre dos pueblecitos muy conocidos de la alta Guipúzcoa, harto de machacar piedra y más piedra todo el día de Dios, suspende el monótono trabajo, y dejando descansar un momento al martillo, su eterno compañero, se pasa una y otra vez la manga de la camisa por la frente bañada en sudor.

Saca luego su pipa, la llena con toda calma, enciéndela, y haciendo de su chaqueta almohada en que apoyar la cabeza, tiéndese cuan largo es sobre el duro montón de piedra desmenuzada, cama la menos blanda y cómoda que imaginarse puede.

Pero el buen Jose Manuel está demasiado cansado para reparar en menudencias.

Tumbado boca arriba, chupa con delicia su pipa, echando lentamente bocanadas de humo que sube y se pierde en la limpia atmósfera, mientras contempla distraído el azul del firmamento que una hora más tarde se tachonará de estrellas.

En qué piensa Jose Manuel yo no lo sé; pero su cara revela tan dulce

(1) Lo que se vá á referir es rigurosamente histórico.

tranquilidad, gozo tan verdadero, que tengo para mí que le envidiaría un archiduque, si un archiduque le mirara.

En esto pasa por allí, de vuelta de la fuente, su vecina y amiga Madalen, quien le dice en aire de mucha confianza:

—Buena vida, Jose Manuel.

—Sí, ¿sabes?—responde éste—como tengo casi concluída mi tarea de hoy me lie puesto á echar una pipada. *¡Arranoa!* ¡Y que ha apretado de veras el calor esta tarde!

—¿Quieres un trago de agua?

—Mejor sería que me lo ofrecieras de vino, hablándote con franqueza; pero venga, Madalen, que tengo la garganta más seca que el polvo del camino.

Se incorporó el sediento, y tomando con ambas manos la jarra que bondadosamente le alarga su vecina, la llevó á los labios y, sin pestañear, se bebió casi una mitad de su contenido; después de lo cual vuelve á su postura primera, diciendo antes á Madalen con alegría:

—Dios te lo pague, mujer, y te dé tantos años de vida como grillos han cantado esta tarde en media legua á la redonda.

Madalen soltó una carcajada y dijo luego poniendo unos ojos muy maliciosillos:

—¡Si las fuentes dieran vino, Jose Manuel!

—¿Que te parece á tí que sucedería si tuviéramos esa fortuna?

—¿Qué sucedería, dices? Que para encontrar á los hombres habría que ir á buscarlos á..... *Iturbide* (1).

—No seas pícara, mujer. Oye, Madalen, ¿sabes tú en qué estaba pensando cuando has venido?

—Siempre sería alguna de tus humoradas.

—Pues no, mira; hablándote en serio, pensaba en lo siguiente: que si los ricos, esos señores que no saben andar más que en coche y son la envidia de los que trabajan, supieran lo que es estar como estoy yo ahora, tan á gusto y tan ricamente, después de haber trabajado once horas con este sol de hoy, si lo supieran bien, digo, todos ellos se pondrían á trabajar como yo.....

Madalen miró á Jose Manuel un instante en silencio.

Miró también involuntariamente á aquel colchón de piedra en que

(1) Camino de la fuente.

reposaba como en lecho de flores el buen caminero, y pareciéndole que no era ciertamente para hacer feliz á nadie, ni rico ni pobre, enternecida, respondió pausadamente, con acento de convicción profunda y temblándole un poquito la voz en la garganta:

—Tienes razón, pobre Jose Manuel, tienes mucha razón. Dios hace bien las cosas. No hay nada mejor que el descanso, y para poder saborear tan dulce fruta es necesario antes ayunar cansándose. ¡Los pobres sí que saben bien lo que es descansar!

Y diciendo adiós á aquel hombre feliz, se apartó Madalen de allí, pensando en que Jose Manuel, siendo tan sencillo é ignorante, acababa de decir una verdad más grande que el monte Aralar, que veía enfrente, irguiéndose majestuoso y soberbio como un rey de otras edades.....

VICENTE DE MONZÓN.